

CAPÍTULO DOS: DEDOS NEGROS

Líneas patrocinadas por Bebidas Fénix ¡las bebidas de los que pueden permitirselo!

Es como si te clavaran un puñal y mientras lloras y gritas y sufres compruebas que nunca acaba de hundirse, que sigue atravesándote, que la punta no sobresale por el otro lado: que el dolor es inagotable, incansable, y tu carne continúa prolongándose para dejarse sajar, ensartar. Ya estoy muerto, o más bien moría mientras esto se ordenaba, y puedo decir que lo último que sentí de este mundo antes de abandonarlo fue la parte más hirviente, agónica, abismal que una persona es capaz de asimilar en contacto con el infinito. Y tengo que seguir narrando. Imaginad que intentáis contar un chiste malo para romper un silencio incómodo. Imaginad, que mientras lo intentáis... en fin, todo lo que he dicho justo antes.

Ciudad Castillo. No se puede entrar en una ciudad de peor manera. La única ciudad, además. El diablo de metal negro tiene tal retroceso que, sumado a mi poco saludable delgadez, la pistola se estrelló contra mi cara. Por aquel entonces y hasta el fin de mis días, que no tardaron en llegar, fui el avergonzado propietario de una nariz torcida. Inconsciente, mientras el vagón avanzaba, el bueno e inepto de Pat me acomodó en un rincón, comprobó que sólo estaba inconsciente por el golpe y se sentó a mi lado. Gastó un instante